

mo uno de los más preciosos se citan el del zahajad de Matun, en las Indias orientales. Entre los más gruesos y más pesados se encuentra el *Regente*, de la corona de Francia, que reúne en un grado igual las cualidades de forma, tallado, proporción, color y pureza. Es en su admirable conjunto el brillante más acabado y perfecto.

No todas las bellezas son iguales, ni reúnen del mismo modo la perfección de líneas, la pureza de los colores, etc. Así en los diamantes, no todos reúnen en igual grado el peso, el tamaño ó la brillantez de sus luces.

En Amsterdam, de 28.000 almas que tiene la población judía, 10.000 se dedican exclusivamente al tallado de estas preciosas piedras. Cuando son gruesas no las tallan lo mismo que cuando son delgadas.

A las primeras se les da el nombre de brillantes y a las segundas el de diamante rosa, y hay rosa del valor de 80 francos, que tallada en brillante valdría 200.

Hasta ahora no ha podido la ciencia fabricar diamantes, pues no sabe fundir el carbono ni disolverlo ni volatilizarlo en el crisol de un modo satisfactorio.

#### EL METRO INTERNACIONAL.

(Continuación. Véase el número 23.)

Entre las muchas cosas de valor que los hebreos tomaron á sus señores y se llevaron en su huida, no fué la más despreciable ciertamente el sistema métrico de los egipcios. La identidad entre las medidas de aquellos dos pueblos, es evidente para los metrologos que han estudiado la materia.

Muy digna de notarse aquí es una circunstancia que se advierte así en las pesas y medidas como en otras relaciones y números usado por aquella casta sacerdotal y que habla muy alto en honra suya. La división del círculo en 360 grados, la preferencia dada á los números doce y seis para los múltiplos, submúltiplos y dimensiones sagradas son indicios transparentes de que aquellos geométricos y astrónomos comprendieron toda la superioridad del sistema duodecimal sobre el decimal, que al fin ha triunfado en todas partes, sin duda porque entodas partes son diez los dedos de ambas manos.

El codo, como otras tantas cosas, ideas y doctrinas, pasó del Egipto á Grecia, y allí también el sacerdote y la religión se encargaron de conservarle y generalizarle. El codo olímpico, algo alterado del egipcio, se llamaba así por estar depositado y custodiado en el templo de Júpiter. Semejante consagración de la unidad de medida, revela bien á las claras que el genio griego buscaría en esto como en todo la ar-

monía y el ritmo de los números; pero la división de aquel pequeño territorio en estados rivales, con alto espíritu individual, se opuso á una mejora que no debía traducirse en hecho sino andando los siglos y al color de una civilización inlinitamente superior.

Con el espíritu organizador y práctico que distinguía al pueblo rey, los romanos entregaron al legislador la determinación de sus pesas y medidas, vigilaron sobre su conservación y colocaron los tipos en los templos de Hércules y Castor, así como hicieron que arrancaran sus medidas itinerarias hasta los términos del imperio desde el templo del dios Término. Bueno es añadir también que sus divisiones y subdivisiones se cifraron en lo posible al sistema duodecimal, y que iniciaron una de las mayores ventajas de nuestro sistema métrico actual, estableciendo cierta relación entre los pesos y las medidas de volumen para los líquidos.

A la invasión de los bárbaros sucedió toda la confusión de la arbitrariedad y la anarquía, sin que pueda decirse otra cosa sino que los esfuerzos hechos en algunos países para restablecer el orden se estrellaron impotentes contra el capricho y la ignorancia de tanto señor feudal. La más célebre de estas tentativas fué la de Carlomagno, quien instituyó el pie francés (que ha llegado hasta nosotros con el nombre de pie de Rey), tomando según cuentan las leyendas, la longitud del suyo propio ó la del de su madre Berta. Sin fuerza y sin prestigio para mantener otras reformas preferentes, no es extraño que los sucesores del Magno Emperador abandonaran el sistema métrico á los embates del más solapado individualismo, y la codicia unas veces, la falta de medios otras, la ignorancia siempre, trajeron por fin en Francia, como en todas partes, tal confusión en la materia, que á fines del siglo pasado era imposible todo comercio de buena fé, toda transacción de confianza.

No contribuyeron poco á gravar el mal la ignorancia y la codicia de los reyes ó de los gobiernos de aquellos revueltos tiempos. En su afán de allegar recursos, unas veces creían ocurrir al mal imponiendo una contribución en dinero y para cobrar más, reduciendo las libras á ocho onzas, como lo hizo el Capeto Enrique 1.º de Francia; otras aumentaban la libra (que siempre había tenido doce onzas) á diez y seis, cuando se veían obligados á cobrar los impuestos en especie.

Pero como los errores llevan consigo el castigo, aquel espantoso caos infligía tales pérdidas sobre las naciones y los pueblos, que desde el siglo XIII al XVIII el clamoreo fué constante y en todos los países se hicieron leyes y promulgaron or-

denanzas, estériles por lo incurable del mal, aunque honrosos testimonios de la buena voluntad de algunos hombres. Jaime I de Aragón en 1238, Alfonso el Sabio desde Sevilla en 1261 procuraron introducir cierta uniformidad en las pesas y medidas de sus reinos; Alfonso XI, Enrique II insistieron en que una misma vara fuese la medida universal; Juan II dictó penas seveisimas contra los que usasen otras unidades distintas; Felipe II se ocupó de las monedas y las pesas, y sin embargo, la ley quinta título 9.º libro IX de la Novísima, dada por el Sr. D. Carlos IV en 20 de Febrero de 1801, prueba lo poco que se había adelantado y explica cómo después de la guerra de la Independencia y de nuestras guerras civiles, pudo llegar hasta nosotros, y aun existir todavía en parte del territorio, esa deliciosa confusión que debió ser remora y desesperación de nuestros honrados abuelos.

En Inglaterra el llamado *parlamento insensato* (sin duda por la insensatez de adelantarse muchos años á la cultura de aquel pueblo) tomó por peso de la onza en 1265 el peso de 640 granos de trigo elegidos en el centro de la espiga, formó la libra con doce de estas onzas y con ocho de estas libras, (á imitación de los romanos) el galon para los líquidos. Enrique VII depositó patrones en la Cámara del Tesoro y la encargó de su custodia, mas á pesar de estos esfuerzos y de los cuidados de sus sucesores, en el reinado de Ana el desorden era tan incorregible, que mientras el fisco sostenía que el galon tenía 224 pulgadas cúbicas para cobrar, todos los comerciantes aseguraban que siempre tuvo y debía tener para pagar 282.

Nada diremos de las demás naciones, y sobre todo de Francia, porque sería repetir la misma historia; y concluiremos por hoy diciendo que al nombrarse los diputados de las tres órdenes para la asamblea de 1789, un clamor unánime (entre otros muchos clamores) se levantó en todas partes pidiendo que se regularizasen las medidas y las pesas, ya que nadie se entendía dentro de una misma provincia y á pocas leguas que se alejara de su casa.

Meliton Martin.

#### MISCELÁNEA.

Las noticias recibidas en la presidencia de la sociedad partidaria de la mina *Doña Blanca*, ó sea *La Loca*, confirman las que de público circulaban. Veniase diciendo que el filon había mejorado bastante y en efecto, no solo ha aumentado en su potencia, si que también, los muchos nidos que aparecen de mineral, alcanzan una ley de bastantes onzas de plata. Bien merece la empresa explotadora que